

JOSÉ LUIS GARCÍA RODRÍGUEZ

EN NOMBRE DEL NIETO

Colección de Narrativa
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

©Jose Luis García Rodríguez
De la edición: © Ediciones Irreverentes
Mayo de 2009
Ediciones Irreverentes S.L.
<http://www.edicionesirreverentes.com>
ISBN: 978-84-96959-33-0
Depósito legal:
Diseño de la colección: Dos Dimensiones
Maquetación: Dos Dimensiones
Imprime: Publidisa
Impreso en España.

A mi esposa Gail, amante, amiga, compañera y psiquiatra, desde siempre y hasta siempre, con ella a cualquier parte.

A mi amigo Juan Miguel, a sus hermanos Gracia, Paco y Matilde, porque han sufrido en carne propia la peor de todas las violencias que engendra el terror.

A Tere y Andrés, porque tuvieron que abandonar con sus seis hijos el domicilio familiar en Bilbao para buscar otro arraigo en algún lugar lejano.

A Marilú, Javier, Juanmari y Manoli, porque aunque desde fuera, nunca han dejado de sentir y querer a su tierra vasca.

A todos aquellos que de alguna manera son víctimas del terrorismo de ETA.

Porque ellos son la mejor muestra de que pese a todo, hay que mantener viva la esperanza.

AVISO PARA EL AMIGO LECTOR

Esta novela trata de reflejar personajes, ambientes y conflictos que hubieran podido ser reales en las circunstancias que se describen, pero no lo son.

Todo lo que a continuación queda escrito, es única y exclusivamente resultado de la imaginación del autor, por lo que cualquier parecido con la realidad ha de ser considerado como una mera coincidencia.

No obstante, si en alguna ocasión aparecen personajes con sus nombres reales, corresponden a figuras que por su proyección pública trascienden al ámbito del relato y se enmarcan en su propia situación y circunstancia, según el conocimiento general que de ellos y de sus actuaciones se tiene.

El autor.

ALEGORÍA

Galope

Las tierras, las tierras, las tierras de España,
las grandes, las solas, desiertas llanuras.

Galopa, caballo cuatralbo,
jinete del pueblo,
al sol y a la luna.

¡A galopar,
a galopar,
hasta enterrarlos en el mar!

A corazón suenan, resuenan, resuenan
las tierras de España, en las herraduras.

Galopa, jinete del pueblo,
caballo cuatralbo,
caballo de espuma.

¡A galopar,
a galopar,
hasta enterrarlos en el mar!

Nadie, nadie, nadie, que enfrente no hay nadie;
que es nadie la muerte si va en tu montura.

Galopa, caballo cuatralbo,
jinete del pueblo,
que la tierra es tuya.

¡A galopar,
a galopar,
hasta enterrarlos en el mar!

Rafael Alberti

PRÓLOGO

A las cinco y media de la tarde del 7 de junio de 1.968, el guardia civil de tráfico José Pardines Azcay se encontraba en su puesto de trabajo, ordenando la circulación en un tramo en obras de la carretera de entrada a Villabona, un pueblo próximo a San Sebastián, cuando dos individuos le mataron a tiros.

A mediodía del 3 de diciembre de 2.008, el empresario Ignacio Uría Mendizábal se dirigía a echar la partida con su cuadrilla habitual de cartas en su pueblo de Azpeitia, Guipuzcoa, cuando se topó de frente con su asesino, que le estaba esperando y le metió un tiro en la cabeza que terminó con su vida.

Entre uno y otro crimen, han pasado más de cuarenta años y durante todo este largo tiempo la banda terrorista ETA ha seguido su siembra de luto y miedo en cualquier parte de España. Muchos centenares de personas, guardias civiles, policías, militares y otra mucha gente de cualquier condición, han caído asesinados por las balas y las bombas de esa banda de lunáticos enloquecidos. Otros han padecido la tortura del secuestro, muchos viven todavía hoy bajo la extorsión y la amenaza, y miles de víctimas sufren las secuelas de la acción criminal de esos matones.

Ellos se autodenominan luchadores por la libertad de Euskadi. En su origen dijeron que su objetivo era terminar con la dictadura franquista, pero Franco se murió de viejo y ellos siguieron matando. Después dijeron que su causa era la independencia de Euskal Herría, pero la Constitución Española de 1.978 y el Estatuto de Guernica de 1.980 no les pareció suficiente para dejar de matar. En todos estos años se han escindido tantas veces como se han renovado y de cada crisis ha salido robustecido el más matón entre los matones. La cuestión que subyace después de tantos años de irracional violencia es, ¿por qué?

Esa pregunta es la que da razón de ser a esta novela.

Seguramente no haya solo un motivo para explicar de manera razonable semejante sinrazón. El fanatismo nacionalista de los más brutos, el empacho ideológico de una clase dirigente amortizada por la historia, el cobijo brindado por tantas sacrílegas sacristías, el pesebre del que comen los bien instalados, la callada cobardía de quienes prefieren no enterarse de nada, el desarme cultural de los más jóvenes, son causas que juntas y por separado contribuyen a mantener un clima de artificial normalidad instalado en una sociedad enferma, inerme y rota.

No es exagerado afirmar que después de cuarenta años de terror, la sociedad vasca se encuentra quebrada por el peso de dos concepciones antagónicas de entender la convivencia; la que por un lado alimenta la exclusión y la diferencia y la que desde el lado contrario defiende el derecho de todos a compartir y a discrepar por igual. Así, el nacionalismo más disgregador, atrapado en su endogamia, continúa su viaje por el tiempo desde Sabino Arana hasta el origen del RH para convertirse en una enfermedad social de difícil curación. Pero también muchos cientos de miles de ciudadanos vascos siguen empeñados en no ser nacionalistas, porque han nacido en España y quieren seguir siendo vascos y españoles. Es su derecho.

Estos ciudadanos son una muestra de la grandeza del ser humano, que se erige como flor en el desierto, para recordar con su ejemplo que bajo la aridez del radicalismo nacionalista y el cómplice silencio agazapado en la cobardía, siguen fluyendo ríos subterráneos que mantienen viva la libertad y la esperanza. Muchos han optado por poner tierra por medio para escapar de tan siniestra trampa, pero la mayoría de los vascos que viven en Euskadi y no ocultan su españolidad, sufren cada día la sombra de la discriminación, el desprecio y la amenaza de los nacionalistas más exaltados.

Ortega y Gasset escribe en su *España Invertebrada* que la insolidaridad produce un efecto muy característico en nuestra vida: cualquiera tiene fuerza para deshacer, pero nadie tiene fuerza para hacer, ni siquiera para asegurar sus propios derechos.

Tal principio parece aplicable al nacionalismo en general, esencialmente insolidario, única ideología sin otra idea más refinada que la exal-

tación de su diferencia y al nacionalismo radical vasco en particular, que a falta de mejores argumentos racionales defiende su sinrazón a través de la violencia. Y es que una mentira suficientemente repetida y publicitada, si se apoya en el miedo, termina por convertirse en verdad, o media verdad, o supuesta verdad para muchos ciudadanos sometidos a ese chantaje.

Antecedentes no faltan. Seguramente el más significativo sea la doctrina nazi, un nacional socialismo que al amparo de una feroz dictadura pretendió imponer la superioridad de la raza aria sobre el resto. Y es que la propaganda auspiciada desde el poder, sustentada en el miedo, llevó a muchos alemanes al convencimiento de que la persecución y eliminación de los diferentes estaba justificada por causa de la mejor defensa de Alemania. Algo que tiene mucho que ver con las teorías de Sabino Arana, fundador del nacionalismo vasco.

Tal vez la estancia algún tiempo después en Alemania de un joven nacionalista vasco aspirante a jesuita llamado a ejercer el liderazgo no precisamente en función de su ministerio sacerdotal, condicionara el futuro comportamiento de su partido. No en vano sus compañeros de ocasión, se supone que de forma amistosa le apodaban “el nazi”. También es posible que las técnicas de adoctrinamiento de ese partido tengan que ver con las empleadas por la dictadura durante los largos años que siguieron al final de la guerra civil española. Resulta por ello significativo contemplar a quienes hoy se presentan como víctimas de la intransigencia del franquismo, aplicar el mismo principio inmoral y excluyente que con razón denuncian, para afirmar su condición nacionalista.

Es de general conocimiento que la banda terrorista ETA surge a partir de la segregación del ala más radical de las juventudes del PNV, desmembramiento que evidenció la ruptura entre quienes impregnados de un renovado ideal independentista, socialista y revolucionario muy propio de la época, se enfrentaron a sus mayores, gente conservadora, acomodaticia y por lo general bien instalada en el sistema, en muchos casos ligados al franquismo sociológico por espurios intereses económicos.

Sea como fuere, el hecho es que cuando el terror de ETA se hizo presente en el País Vasco y en España, los dirigentes del PNV en vez

de condenar con la firmeza que hubiera cabido esperar de un partido democrático y por demás cristiano, optaron por adoptar una actitud de tímida repulsa y ambigua comprensión. De esa manera la violencia terrorista fue interpretada por los silentes nacionalistas como una lamentable escenificación de la lucha de los jóvenes extremistas patriotas vascos contra la dictadura. “Unos baten el árbol y otros recogen las nueces”.

A partir de esa degradación moral, lo que en principio pudo ser una relación medida entre políticos y terroristas terminó actuando a favor de los segundos, quienes con el argumento del terror fueron ganando espacios en la acción política del llamado nacionalismo democrático, hasta convertirlo en rehén de su propia política. De esta manera la democracia, en vez de desterrar para siempre la acción violenta de los más fanáticos, actuó de coartada para que el PNV elevara el terrorismo a la altura del debate político, otorgando razones de tipo moral a ETA para explicar la violencia como algo irremediable, en tanto el Estado español no cediera más y más en las pretensiones nacionalistas. Además, durante mucho tiempo el terrorismo vasco gozó de la benevolente consideración de los exegetas de la izquierda más radical, casi siempre instalados en los confortables salones del poder, como legítima expresión de un ejercicio de contra poder antifascista y revolucionario. Por esa vía ETA encontró el camino para penetrar en los negros conductos del mercado mundial del terror, del que se abasteció de conocimientos, soportes y medios para la práctica de su cometido.

Así el terrorismo de ETA impulsó a sus afines ideológicos, aunque no por ello necesariamente secuaces, a elevar el nivel de sus reivindicaciones frente al Estado español. Ello propició puentes de comunicación entre correligionarios nacionalistas en aras a desarrollar una estrategia común, entendimiento subterráneo que permitió a la banda terrorista encontrar vías para organizar, con la connivencia del nacionalismo oficial, su propia estructura política en el País Vasco. De esta manera el nacionalismo vasco adquiere tres vías de expresión; la que representa el PNV, gran partido de masas que durante decenios ha detentado el poder desde el gobierno autonómico; la que se teje en torno a un movimiento nacionalista más radical situado a su izquierda, que bajo un entramado

de siglas de quita y pon asume, según la mejor conveniencia y propósito del momento, la intermediación entre la actividad terrorista y la acción política del gobierno vasco; y como telón de fondo, la banda terrorista ETA, como suprema tutela en la conducción de todo el proceso.

Es en ese entorno de quiebra social y moral que se sitúa el entramado de la presente novela, a partir de dos personajes centrales que escenifican el abismo que separa a la sociedad vasca entre dos maneras antagónicas de entender la convivencia y de interpretar la historia.

Leopoldo Serrano Valdés, es un militar de brillante trayectoria que nunca hubiera deseado emparentar con Javier Astigarraga Aguirre, cabeza y heredero de una estirpe de vieja alcurnia vasca, de la misma manera y por idénticos motivos que Javier Astigarraga Aguirre jamás hubiera deseado tener nada en común con Leopoldo Serrano Valdés. Pero más allá de su recíproco y vital desafecto, ambos se ven obligados a tener que aceptar de fingido buen grado el forzado e indeseado matrimonio entre sus hijos Poldo y Begoña, situación esta que irremediamente les convierte, muy a su pesar, en consuegros.

De este hecho se deriva un conflicto que más allá del antagonismo personal entre ambos personajes, se extiende y ramifica a través de otros miembros de sus respectivas familias y deja al descubierto un entramado de viejos rencores e intereses enfrentados que guste o no, es un reflejo fiel del ambiente de ruptura social que mantiene enferma a buena parte de la sociedad vasca. Un viejo conflicto que se ve agravado por la aparición del nieto de ambos, Xabi Serrano Astigarraga, hecho que pese a concitar en principio los mejores sentimientos de renovada paternidad en sus abuelos, deja al descubierto nuevos motivos para ahondar en sus diferencias.

Es en este sentido la presente novela un espejo de la quiebra de un pueblo infectado por el virus del nacionalismo excluyente, que separa a las personas, rompe vínculos de amistad o familia, justifica la violencia y genera miedo. Tres generaciones, dos ideas, un conflicto.

Cabe esperar, tal como la historia enseña, que llegará el día en que quienes hoy callan tendrán que asumir su culpa por haber contribuido con su cobarde silencio a semejante degradación moral. En su defensa

podrán aducir que el miedo sofoca las conciencias. Quizá ello les libere de su carga. Pero no está demás recordar que de ese miedo se alimentó el nazismo no hace tanto tiempo. Otros habrá que encuentren mejor disculpa en su dependencia económica o de cualquier otro tipo, directa o indirecta, del poder nacionalista. Nada extraño en una sociedad de poco más de dos millones y medio de habitantes controlada durante casi treinta años por la misma clase política. La condición humana es débil. Quizá ello sirva de excusa para aliviar el juicio que merece la silente complicidad de quienes ante el drama de tanta gente que vive prisionera en su propio entorno, prefiere negar la evidencia y mirar hacia otro lado.

Pero habida cuenta de que la otra mitad de los vascos se declaran no nacionalistas, es una obligación moral rendir el tributo que merecen tantos ciudadanos que pese a vivir en una sociedad enferma de ideología excluyente y de violencia, son capaces de sobreponer sus convicciones a sus conveniencias más inmediatas. Ellos son el mejor ejemplo de la capacidad del ser humano para discernir en la más oscura circunstancia, donde está el camino que separa la dignidad de la ignominia, la libertad de la opresión, la verdad de la mentira.

Habrán quienes aprecien en esta novela una intención ominosa y degradante hacia una realidad no suficientemente conocida. Es el subterfugio habitual que emplean los que desean ocultar de la luz pública sus carencias. Pero aunque ficción, pues de una novela se trata, los personajes, las circunstancias y los hechos que en ella se relatan son tan verídicos como contrastables. Aunque si a pesar de todo fuera menester disipar cualquier sospecha acerca de la intención del autor, que nadie dude que detrás del relato subyace un irrenunciable ánimo de denuncia.

Y es que después de cuarenta años de terrorismo manifestado a través de todas sus expresiones, desde el asesinato y el secuestro a la extorsión pasando por la violencia callejera, las mismas cuestiones siguen todavía hoy sin encontrar una adecuada respuesta. Cuestiones pendientes que la mitad de los vascos, al amparo de la indolencia de los sucesivos gobiernos nacionalistas, prefiere no responder seguramente porque resulta más fácil mantener una actitud silente y alejada de cualquier significación que les pueda incomodar en su vivir de cada día. Es el miedo a la diferencia.

Pero hay otra mitad de vascos que se mantienen firmes en su empeño de defender en libertad su españolidad, sin tener por ello que sufrir el desprecio de nadie y soportar el estigma por su condición de españoles. No es esta una cuestión que deba dirimirse solo entre los más directamente afectados, porque lo que subyace en el fondo de esta cuestión, más allá de cualquier ideología nacionalista mejor o peor argumentada, es el derecho a elegir en libertad. Y esa es una cuestión que a todos por igual afecta, porque llegados a ese trance, todos los españoles somos vascos.

Es posible que para erradicar definitivamente el cáncer social del nacionalismo violento sea necesaria otra generación. Es posible que haya que dar más tiempo al tiempo para que, como ocurre con las infecciones, sea el propio cuerpo afectado el que encuentre la mejor defensa para vencer la enfermedad. Es posible en fin, que todavía haya gente inocente como José Pardines Azcay, un guardia civil asesinado por llevar ese uniforme o Ignacio Uría, un empresario de solera eliminado por defender a su empresa, que caiga fulminada por el mismo azote animal de quienes no entienden otra forma de expresar sus ideas que no sea matando. Es posible. Pero también debe ser posible acelerar el proceso sin tener que esperar a que sea el simple paso del tiempo que encuentre la solución al problema de la violencia en el País Vasco.

Cuando este libro entra en máquinas se ha producido la esperanzadora novedad de que por primera vez en treinta años el resultado de las últimas elecciones autonómicas han propiciado que el PNV, pese a ser todavía el partido más votado, tenga que dejar el gobierno de Euskadi en manos no nacionalistas.

Es una noticia que llena de esperanza a todos cuantos desean que la alternancia democrática se instale definitivamente en esa comunidad autónoma y con ello la normalización de la convivencia entre ciudadanos vascos. Una esperanza en que la exclusión, la intolerancia y violencia empiecen a desaparecer definitivamente de esa tierra. Una esperanza en la convivencia en libertad de todos los ciudadanos, que desde el respeto a sus diferencias, quieren vivir como gente normal en un país libre, sin miedos, sin escoltas y en paz consigo mismo.

A esa esperanza rinde tributo esta novela que cuenta la historia de dos generaciones de una misma familia, rota sin remedio a pesar de sus afectos, por causa de la estúpida intransigencia ideológica.

Ojalá que los cambios que se barruntan en el horizonte permita a la siguiente generación superar definitivamente semejante trauma.

Ojalá que, a fin de cuentas, todo sea sólo una mera cuestión generacional. Es por ello que esta novela lleva por esperanzador título, *En nombre del nieto*.

El Autor

PRIMERA PARTE

LA CUNA

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando al amanecer del día 24 de enero de 1.939 el comandante Leopoldo Serrano Gardel, tras concluir el escaso aseo personal que imponían las circunstancias, se disponía a afrontar una nueva jornada al frente de su batallón de infantería acantonado a las afueras de Barcelona, mal podía suponer que ese sería su último día en este mundo. Le habían ordenado presentarse en el puesto de mando del estado mayor, y allí se dirigía.

Llevaba más de dos años en el frente y todo parecía indicar que aquello, afortunadamente, no tenía trazas de durar mucho tiempo más. La guerra estaba ganada desde que los nacionales habían cruzado el río Ebro y los rojos de batían en retirada, cada vez más precipitada y desordenada hacia ninguna parte.

Aún conservaba el comandante Serrano nítido en su recuerdo el breve permiso que había disfrutado en su casa de Madrid, todavía ocupada por los rojos, junto a su mujer Asunción, embarazada de siete meses, que con motivo de la navidad el mando le había concedido. Cosas de la guerra, de paisano y con documentación falsa, había logrado infiltrarse a través de las defensas enemigas gracias a su amistad con el comandante Soriano, un compañero de la academia militar de Toledo cuyo mando se había mantenido fiel al gobierno de la República y que ahora estaba al frente de un sector de la defensa de la capital. Apenas si fueron siete maravillosos días, los justos para celebrar la nochebuena y el fin de año en familia, un año que presagiaba grandes cambios. El más importante, sin duda, el final de una guerra cruel largamente presentida y con ello la vuelta a la normalidad perdida tres años atrás, cuando la incapacidad, el fanatismo y la cobardía de unos cuantos políticos sumieron a España en el abismo de una confrontación mortal.

Centenares de miles de muertos, centenares de miles de prisioneros arrancados violentamente de sus hogares, centenares de miles de desplazados por el miedo y la persecución. Familias rotas y enfrentadas por causa de las ideas políticas, venganzas pendientes, rencores ocultos, viejas envidias, humillaciones y odio acumulado, definían una sociedad presa de un colectivo ataque de locura que había decidido dirimir sus diferencias con el exterminio del adversario.

El comandante Serrano Gardel llevaba esa herida abierta en el alma, aunque después de dos años y medio de campaña todo parecía indicar que la guerra tocaba a su fin. Barcelona era el objetivo militar más inmediato y por las noticias que le llegaban a través de los servicios de información militar, la ciudad condal se desmoronaba por momentos. Los gobiernos de la República y de la Generalidad estaban en trance de huida hacia Francia; la resistencia armada enemiga, descompuesta y enfrentada por las rivalidades internas; y la población civil, harta de tanta privación y violencia, deseosa de capitular. No parecía pues que la caída de la gran ciudad condal en manos del ejército nacional tardara más de unos pocos días en llegar. Y tras la conquista de Barcelona, poco le quedaba por defender al enemigo. La guerra, gracias a Dios, pensaba el Comandante Serrano, estaba ganada.

A partir de ahí todo sería diferente. Como militar profesional que era, Leopoldo Serrano Gardel sentía que había cumplido con su deber. Particularmente no tenía una idea política definida. Él se consideraba un hombre de tradición liberal, como su padre, también militar, que hizo carrera en las guerras de Marruecos, donde por cierto conoció al joven oficial Francisco Franco, de quien no tenía demasiado buen concepto. Al parecer tampoco le conoció mucho, pero compañeros suyos que le tuvieron a sus órdenes discrepaban de su forma de entender el mando debido a un casi enfermizo concepto de la autoridad y la disciplina. De cualquier forma, Franco era ahora el jefe del ejército nacional y bajo su mando se estaba ganando la guerra. Se había proclamado generalísimo, más que general y además, caudillo. Bueno, no era momento de pararse en los matices. Lo importante era terminar de una vez con el derramamiento de sangre. Después, ya se vería.

Mantén viva en su memoria la imagen de Madrid, su querido Madrid del alma, ciudad en la que había discurrido su vida en buena

parte derruida por el efecto de la aviación y la artillería. Madrid frente de batalla. Qué barbaridad. Las amplias avenidas de la ciudad universitaria horadadas por las trincheras y sus edificios, templos de la cultura y el conocimiento, convertidos en escombros. El barrio de Argüelles, evacuado y medio destruido, parecía una ciudad fantasma solo recorrida por gentes de uniforme que compartía el espacio con los perros y las ratas. Maldita guerra. Había quien decía, quizá con malicia, que el generalísimo Franco había decidido prolongar innecesariamente el asedio al objeto de consolidar su mando entre las diferentes facciones políticas adheridas al movimiento nacional, antes de entrar en la capital. Falangistas, requetés, monárquicos y militares estaban juntos en la causa pero no revueltos, y ello explicaría la necesidad de prolongar las operaciones militares para obtener un pleno control sobre todas las facciones sublevadas. De ahí el largo asedio de Madrid, mantenido y no resuelto desde los primeros días de guerra.

De lo que no tenía duda el comandante Serrano Gardel, era que España necesitaba un poder fuerte, capaz de poner orden y concierto en la empobrecida, enfrentada y desarraigada sociedad española. Mucha gente había puesto toda su esperanza de integración y regeneración en el régimen republicano, un sistema democrático que traería la modernidad y el progreso para todos, el nuevo régimen que tanto tiempo llevaba llamando a las puertas del poder sin conseguirlo. Por eso, cuando en el año 1.931 el rey Alfonso XIII abandonó el país, la República fue recibida con entusiasmo por muchos españoles que esperaban del nuevo régimen una manera diferente de entender la convivencia en paz y justicia. Pero no fue así. Por el contrario, los gobiernos republicanos más que dedicarse a gobernar para todos, como hubiera sido lógico esperar, se lanzaron a perseguir con saña al adversario.

Por eso la guerra había sido inevitable. Y por eso, una vez fracasado el golpe militar de julio de 1.936 para derribar al gobierno de la nación, la guerra civil se extendió por toda la geografía española con ferocidad inusitada, no solo en los frentes de batalla establecidos entre las trincheras de uno y otro bando, sino en otros tantos frentes surgidos en la retaguardia a causa de la inmisericorde y mortal persecución de unos españoles sobre otros. Familias, amigos y vecinos contagiados por una epi-

demia de odio descubrieron de repente su radical antagonismo, hasta el extremo de convertirles en irreconciliables enemigos. Y la violencia se apoderó de todos.

En aquella fría mañana de enero, mientras el comandante Serrano Gardel se dirigía al puesto de mando del estado mayor situado a pocos kilómetros de la posición que su batallón defendía en el frente, le vinieron a la memoria las mil historias familiares que su padre, ya entonces retirado, le contaba en las apacibles tardes de invierno junto a la chimenea de su viejo caserón de Chamartín en las afueras de Madrid, única y desvenecijada herencia familiar, acerca de la venturosa vida de su bisabuelo, el general Francisco Serrano Domínguez, duque de la Torre. Y es que según le refería su padre, el abuelo Francisco había sido un militar curtido por igual en los campos de batalla de las guerras carlistas, como en los puestos de la alta política en que se había desempeñado como presidente del consejo de ministros y gobernador de Cuba, sin hacer menoscabo de los sinuosos caminos de la intriga palaciega, incluidas las mismísimas alcobas reales, a quien la reina Isabel II había recompensado con el onírico título de “mi general bonito”. Un prototipo de idealista romántico, a medio camino entre conspirador, guerrero y poeta.

Quizá en esas historias que le contaba su padre junto a la chimenea reconocía el comandante Serrano Gardel la razón de sus profundas convicciones liberales y su natural distanciamiento de las cuestiones de la política, siempre tan cambiante y crispada. Sin embargo, también era consciente de que en aquellos tiempos de dogmatismos doctrinales de uno y otro color, la liberalidad no parecía tener mucho futuro en España, motivo por el cual le preocupaba seriamente el porvenir que una vez finalizada la contienda le pudiera esperar a él, a su mujer y al hijo que ambos estaban esperando.

Además, durante los breves días de permiso que había pasado recientemente en su casa de Madrid, había encontrado a su mujer muy preocupada. Decía ella que tenía como un presentimiento de que lo peor estaba aún por llegar. Su suegro Miguel Valdés, diputado por la CEDA en la cortes republicanas, había tenido que refugiarse en la embajada de Chile tras recibir el soplo de que un comité revolucionario andaba tras él, suponía que con no muy buenas intenciones. Temeroso de ello, se había pues-

to en contacto con la resistencia falangista de Madrid, la llamada quinta columna, quienes lejos de ofrecerle protección le habían asegurado que llegado el momento, se ocuparían de él para darle su merecido por haber colaborado con la República. Así que asustado, el bueno de Miguel había recurrido a su hija para que, en su condición de esposa de un heroico combatiente que se batía el cobre en el frente de batalla, intercediera en su favor ante quienes ya estaban empezando a degustar el dulce sabor de la venganza.

Pero los viejos amigos y compañeros de la CEDA, ahora reconvertidos todos en entusiastas admiradores del caudillo Franco, se habían limitado a sugerirle que pidiera asilo en alguna embajada. De manera que con su embarazo de siete meses a cuestas, Asunción tuvo que ir recorriendo las heladas calles de Madrid en busca de las embajadas que la gente decía que admitían refugiados, hasta que finalmente en la de Chile, alguien le facilitó un salvoconducto para que, sin ser visto, su padre Miguel Valdés se presentara esa noche en la puerta de servicio de la embajada. Así que esa misma noche, Asunción salió del brazo de su padre, bajo la protección de su embarazo como coartada para dar verosimilitud a una supuesta necesidad urgente de atención médica y evitar así mayores indagaciones de los vigilantes del cumplimiento del toque de queda. Su padre finalmente se había quedado en la embajada, pero a cambio, ella se había quedado más sola que nunca.

Al comandante Serrano le recorrió un escalofrío al pensar en la situación de su mujer. Con 27 años, en un ambiente hostil, refugiada dentro de su propia ciudad ahora regida por el fanatismo y el miedo, con carencia de todo, embarazada, sin la asistencia de su padre con el que había compartido refugio y compañía en el viejo caserón familiar y tan solo con la ayuda de una mujer de servicio, buena persona pero demasiado asustadiza e irresoluta, Asunción se enfrentaba a su próximo parto con la decisión y valentía que solo los desesperados encuentran. Definitivamente aquella guerra tenía que terminar muy pronto. Era precisa su urgente vuelta a casa, para asistir y acompañar a su mujer en tan difíciles circunstancias.

Y así, sentado al lado del conductor de la camioneta que le transportaba al puesto de mando del estado mayor al que había sido convocado

para conocer los últimos preparativos para la toma final de Barcelona, sumido en sus propias reflexiones y ajeno a todo cuanto le rodeaba, el comandante Serrano Gardel tuvo la repentina aprensión de que algo fatal iba a sucederle. Fue solo un instante en el que pareció cambiar el color y la densidad del aire que respiraba, así que guiado por ese presentimiento e invadido por un pánico irracional, solo pudo pensar en mandar parar la camioneta para poder salir corriendo. Pero trató de dominarse. Su instinto le alertaba sobre algo terrible, pero su disciplinada voluntad, sometida a tantas situaciones de riesgo, le instaba a mantener el control sobre sus actos.

Sólo dudó un segundo, quizá menos, pero no le dio tiempo.

Lo último que el comandante Serrano Gardel vio fue la cara de sorpresa y espanto de su conductor, recortada sobre un fondo rojo y amarillo de intensísimo brillo, como si de un fantasmagórico cuadro impresionista se tratase. Parecía gritar o querer decir algo, pero no podía oírle.

Entonces tuvo la sensación de volar, solo y ajeno a todo, fuera del vehículo y del tiempo, como impulsado por una desconocida fuerza infinita que le lanzaba hacia las alturas.

Y así, solo y ajeno a todo, fuera del tiempo y volando hacia las alturas, quedó para siempre el comandante Leopoldo Serrano Gardel.

II

A la misma hora en que esto sucedía en las inmediaciones de Barcelona, a poco más de seiscientos kilómetros de distancia en dirección oeste, en una lluviosa y fría mañana de ese mismo mes de enero de 1.939, en el caserío familiar de Baquio, Vizcaya, una elegante mansión con escudo de armas esculpido en el frontal de piedra de su fachada, plantada sobre una colina que domina el paisaje de monte y mar que la circunda, nació el hijo primogénito de Javier María Astigarraga Zarrazúa y Ana María Aguirre Goñi, miembros ambos de la más selecta sociedad bilbaína, rodeado por el cariño y el calor de sus padres y familiares más próximos, la atención de los criados y la ayuda de tres médicos convocados de urgencia a pie de cama para prestar su asistencia en tan importante acontecimiento.

El padre del recién nacido, Javier María Astigarraga Zarrazúa, descendiente directo del viejo señorío guipuzcoano del mismo nombre, si bien el título hubiera pasado al hijo mayor de su bisabuelo, el abuelo Juan Ignacio, era un hombre bien conocido y estimado tanto por su destacada actividad como notario con despacho abierto en la céntrica calle López de Rueda de Bilbao, despacho que él había convertido en un verdadero centro de negocios e influencias, como por su nunca suficientemente bien ponderada dedicación a la promoción y mecenazgo de iniciativas sociales y culturales, siempre con buena causa como es natural, aunque especialmente dirigidas a la exaltación del hecho diferenciador del fenómeno vasco.

Se decía de él y con razón, que parte de su fortuna la había dedicado a financiar las actividades del Partido Nacionalista Vasco, el PNV, pagando mientras fue posible campañas electorales, manteniendo en todo tiempo con generosidad a sus líderes más destacados y otorgando en toda circunstancia la cobertura legal y el consejo jurídico tantas veces como para ello se le hubiera requerido.

Profundamente conservador, católico a machamartillo, apegado a las viejas tradiciones de la tierra, amante de la buena mesa, de la naturaleza,

de las excursiones y las acampadas en campo abierto, el notario de Bilbao gozaba de la consideración y el respeto de sus conciudadanos. Amigo de sus amigos, simpático, abierto, directo, emprendedor, pleno de iniciativas y energías, de palabra franca y amable no exenta de ironía, Javier María era referencia obligada en la crónica social de su tiempo.

Su esposa Ana María Aguirre Goñi, prima hermana de José Antonio Aguirre Lecube, hijo del tío Teodoro y primer lendakari del gobierno autónomo de Euskadi a partir de la aprobación del estatuto de autonomía del año 1.936, era al contrario que su marido una mujer más hermética y retraída, de esas que miran con cierta retransca y prevención a la gente, aunque también era persona de profundas convicciones religiosas, de vida piadosa y ordenada, igualmente apegada a las tradiciones de su querida tierra vasca y fiel compañera de su esposo, al que respetaba y admiraba por su liderazgo social y también por su dedicación a las causas justas y honorables. Quizá fuera ese rasgo introspectivo de su carácter que explicara el hecho de que a partir del levantamiento militar de julio de 1.936 contra el gobierno de la República, y sobre todo a partir de la caída de Bilbao en manos de los sublevados once meses después, Ana María Aguirre se hubiera visto sumida en una fuerte depresión de la que trataba de salir con la incansable ayuda de su dinámico esposo. Y es que no le faltaban razones a Ana María para sentirse deprimida al contemplar cómo su onírico mundo, su entorno y sus raíces se habían venido abajo con estruendo por causa de la irracional violencia represiva desatada por los militares golpistas contra el pueblo vasco. La histórica ciudad de Guernica, símbolo de la patria vasca, había sido arrasada por centenares de bombas lanzadas por sucesivas oleadas de aviones en el más devastador y sangriento bombardeo hasta entonces conocido; su primo el lendakari había tenido que huir a Francia para salvar la vida; sus tíos Teodoro y Bernardina, padres de su primo José Antonio, despreciados y obligados a arrastrar el estigma de la paternidad de su hijo, y hasta sus mismos padres se habían tenido que refugiar en el caserío y apenas se atrevían a salir de él. Y aunque ella no entendiera de política, pues eso era cosa de hombres, difícilmente podía comprender la violencia desencadenada en su entorno por los invasores de su tierra. Su primo siempre había sido una persona cabal y templada que había buscado lo mejor

para su pueblo. Sin embargo ahora le trataban los nuevos gobernantes como un traidor a la patria. A la patria de quien, se preguntaba Ana María.

Claro que Javier María, como siempre, se encargaba de remar a favor de la corriente. Su dinamismo, su capacidad de adaptación a las nuevas circunstancias y justo es reconocerlo, también su dinero que ahora empleaba con inteligencia y buen sentido en la práctica de la supervivencia, habían conseguido mantener el estatus social del matrimonio, de manera que milagrosamente los nuevos mandatarios, sin hacer mayor reparo a su pasado nacionalista, le otorgaban el favor de su amistad y confianza.

Y es que desde la caída de Bilbao diez y ocho meses atrás, se diría que la notaría trabajaba más, las reuniones sociales se multiplicaban y su casa era frecuentada en cenas y convites por las nuevas autoridades con la misma intensidad que antes lo hacían los mandatarios de la vieja situación. El mismo Javier María parecía haberse transformado en otro hombre. Su fervor nacionalista de antaño había sido sustituido por un desconocido aprecio hacia España y todo lo español. Si antes gastaba dinero en beneficio de sus amigos del PNV, ahora lo gastaba en beneficio de sus nuevos amigos españolistas. Cabía pues deducir que lo verdaderamente importante no era ser nacionalista o españolista, sino tener dinero para comprar en cada momento la amistad del más adecuado. Ana María Aguirre no entendía de política, pero no dejaba de maravillarla lo fácil que para algunos resultaba cambiar de bando, empezando por su propio marido.

El parto resultó complicado, pero finalmente todo salió bien. El niño vino de nalgas y los médicos tuvieron que emplearse a fondo para sacar adelante al recién nacido. Otra vez la previsión y capacidad para controlar situaciones de Javier María, convocando a tres médicos a la cabecera de la cama, había resuelto la situación. Le pusieron por nombre Javier, como su padre, así, a secas, Javier sin más. A su marido no le gustaban los nombres compuestos, y si a él no le gustaban, pues a ella tampoco.

El día del bautizo de su primogénito, tal como era de esperar, el matrimonio Astigarraga Aguirre convocó a la crema de la sociedad bilbaína. La ocasión no era para menos y desde el obispo al gobernador

militar para abajo, pasando por el alcalde de Bilbao, que por cierto resultó ser un viejo amigo de Javier María, vaya cambio de chaqueta que ha dado este, se decía en los corrillos, no hubo alto representante de los más significados estamentos de Bilbao que faltara a la cita. El mundo de la política y de los negocios tuvieron en aquel bautizo una ocasión más para compartir información, puntos de vista e intereses. Si bien tan aparente armonía se vio alterada por la forzada ausencia de los tíos abuelos del pequeño Javier, Teodoro Aguirre y Bernardina Lecube, quienes no sin dolor terminaron por entender las razones aducidas por Javier María empeñado en evitar el encuentro directo entre los tíos de su mujer con las altas autoridades invitadas al bautizo de su hijo, y consecuentemente prefirieron quedarse en casa para no tener que soportar la humillación añadida de verse discriminados o mal vistos en casa de su sobrina, por causa de su condición de padres del huido lendakari Aguirre.

Esta ausencia fue motivo de un fuerte enfrentamiento en el matrimonio anfitrión, si bien una vez más las razones prácticas de Javier María Astigarraga terminaron por prevalecer sobre los sentimientos encontrados de su esposa. A cambio Ana María Aguirre, en un arrebato de sincera indignación hizo saber a su marido que nunca, bajo ninguna circunstancia, ella toleraría que nadie en su presencia hiciera dejación de su apellido, por muy estigmatizado que en la hora presente estuviera y que jamás ella renunciaría a transmitir a su recién nacido hijo Javier, el honor de pertenecer a tan significativa familia.

Finalmente Javier María, hombre ducho en acomodaciones, tuvo que aceptar que a cambio de la ausencia de los tíos Teodoro y Bernardina, los padres de ella pudieran estar presentes en todos los actos ocupando el lugar de honor que les correspondía por su condición de abuelos maternos del neonato.

Ese pacto entre Javier María Astigarraga y Ana María Aguirre marcaría para siempre el futuro de su hijo Javier.

III

Asunción Valdés tuvo noticia del fallecimiento del comandante Leopoldo Serrano Gardel, su marido, casi dos semanas después del deceso, a través de una escueta nota remitida por el cuartel general del ejército nacional con sede en Burgos, entregada en mano por el mismo amigo de su esposo que pocas semanas atrás había conseguido infiltrarle a través de las defensas de Madrid para que pudiera disfrutar junto a ella su último permiso de navidad. Leopoldo le dijo entonces que el salvoconducto para llegar hasta su casa se lo había facilitado un comandante amigo desde los tiempos de la academia militar de Toledo, cuyo mando había permanecido fiel al gobierno de la República cuando se produjo el levantamiento del año 36, que ahora estaba al frente de un sector de la defensa de Madrid, si bien por motivos de seguridad prefirió no extenderse en mayores explicaciones.

El comandante Soriano, que por las mismas razones prefirió no identificarse ante la viuda de su amigo, la explicó que la fatídica carta del cuartel general del ejército enemigo había llegado a su poder esa misma mañana a través de un suboficial bajo su mando, un hombre de plena confianza con muchos años de servicio, que tenía a su cargo la revisión de las sacas de correspondencia que esporádicamente llegaban desde la zona nacional, quien al ver el llamativo membrete del sobre intuyó el contenido, motivo por el cual se la había hecho llegar a él, para que siguiendo la inveterada costumbre militar se la entregara personalmente a su destinataria. De ahí que, entre unas cosas y otras y teniendo en cuenta las circunstancias, se explicaba la demora de casi dos semanas en hacerle llegar la noticia.

También le dijo que la operación en la que Leopoldo participaba cuando murió había culminado con éxito, y Barcelona había caído en manos de los nacionales solo cuatro días después de que aquella fatídica pieza de artillería republicana hiciera saltar por los aires el vehículo que ocupaba su esposo. Y antes de despedirse, a modo de tímido consuelo comentó que el final de la guerra era inminente, que la España

republicana ya no existía, que no había gobierno, que la defensa de Madrid era un caos y que aquello no podía aguantar ya más tiempo. Cuestión de días, solo es cuestión de días, añadió el comandante Soriano en tono sombrío antes de despedirse transido de emoción y desasosiego por no haber podido ofrecer otra ayuda mejor a la viuda de su amigo.

—¿Y qué va a ser de todos vosotros? —preguntó Asunción con la compasión casi profesional solo entendible entre mujeres de militares.

—Hemos perdido la guerra y seremos tratados como perdedores, supongo —respondió el comandante Soriano mientras se despedía de Asunción con un breve y sentido beso.

Asunción soportó la conmoción de la noticia, consciente de que en lo más profundo de su ser algún misterioso mecanismo de autodefensa la había estado preparando desde mucho tiempo atrás para recibir el impacto de tan terrible mensaje. Su intuición no la había fallado. Ella sabía que lo peor aún estaba por llegar y así se lo había dicho a Leopoldo en un momento de intimidad, poco antes de su partida de nuevo para el frente. Él había respondido que todo estaba a punto de terminar, un par de meses a lo sumo y la paz volvería a reinar otra vez en sus vidas. Pero en contra de lo que era costumbre, en esta ocasión Leopoldo había acertado solo a medias. Un par de meses después, solamente a él le había llegado la paz.

Pero cuando el amigo de su esposo se fue y se quedó sola en casa, Asunción sintió de repente un vértigo, una invasión de pena tan devastadora y profunda como jamás, ni en los peores momentos de su vida hubiera podido imaginar, que a punto estuvo de provocarle un súbito desfallecimiento. Así que tan pronto cerró la puerta de entrada buscó precipitadamente refugio en su habitación y sin ánimo ni fuerza para oponer resistencia a tanta pena, se dejó llevar por la infinita tristeza. Sentía un insoportable dolor en el alma por la muerte de Leopoldo, pero cuanto más pensaba en ello, como si una pena llamara a otra pena, descubrió que también sentía dolor por la ausencia de su padre, de quien desde que le dejó refugiado en la embajada de Chile nada había vuelto a saber, y también por el futuro del hijo que esperaba, ya huérfano antes de nacer y hasta por su propio futuro, marcado para siempre por la soledad y la pena. Así que desconsolada se dejó llevar por el llanto y así, sola